

MARTÍNEZ VILLERGAS, JUAN (1817-1894)

POESÍAS SATÍRICAS

ÍNDICE

SONETOS
LETRILLAS
ROMANCES
LA SONRISA DE BELISA
LOS MANDAMIENTOS
A UNA DESDEÑOSA
EPIGRAMAS

SONETOS

1

A D. Leandro Fernández Moratín, autor de innumerables sátiras contra Pedancio

¡Que de pedantes tu atención se ocupe!
Oye, escucha de ti lo que se infiere,
diga el mundo después lo que dijere
de si supe juzgarte o si no supe.

No me parece bien que el hueso chupe
quien malezas del tuétano refiere,
quien mal quiere a su imagen mal se quiere,
su rostro moja quien al cielo escupe.

Mostraste conocer a los pedantes;
bien puedes ¡veterano en el servicio...!
Pero ¿a qué tus clamores incesantes?

Mas ya a Pedancio sé por qué impropicio
versos en prosa enristras fulminantes,
pues..., ¿quién es tu enemigo? El de tu oficio.

2

Inés, moza criada en Fuencarral,
¿Usted gusta cenar? Clamó cerril,
y su ama, Concepción, dama sutil,
«Ya es después», contestó con mucha sal.

¿Ya es después?... dijo Inés, modismo tal
no comprendo; mas juro por S. Gil
encajarle una vez y ciento y mil,
cuadre o no, venga bien o venga mal.

Sintió grandes dolores Concepción,
y ofreciose la Inés con interés
en tanto que llegaba el comadrón.

Chica, dijo la enferma viendo a Inés,
¿Gustas salir por mí del apretón?,
Y respondió la moza... «Ya es después».

3

El hombre de dos caras

Merecerá morir entre arcabuces
el hombre de dos caras, por aleve
traidor y criminal; mas diré breve,
aunque lo negaran cuatro avestruces

Que es hombre venturoso a todas luces
porque a cuatro carrillos come y bebe:
porque el buen jugador saberse debe
que más gana con caras que con cruces;

Porque aunque de maldades todo un cesto
le echen en cara, a repartir comienza,
y dos tocan a menos por supuesto.

En fin, y esto presumo que convenza;
porque tiene otra cara de repuesto,
si se le cae la cara de vergüenza.

4

Un día, y no por cierto muy remoto,
en un congreso con afán urgente,
tratose de elegir un presidente
sin intriga, sin riña ni alboroto:

Yo que allí estaba atisbo y ando y troto:
cuento, gracias a ser tan diligente,
con la unanimidad de aquella gente;
y ¿qué vine a sacar? Un solo voto.

«Ese voto, me dijo un gran jumento,
fue el mío», y lo juró por el bautismo;
y otro tanto escuché de más de ciento.

Pero aunque me lo tachen de egoísmo,
quiero decir para acabar el cuento,
que había yo votado por mí mismo.

5

Mandó el tío Antonio el ciego al lazarillo
que si su tabernera conocida
no llenaba fielmente la medida
lo diese un golpecito en el tobillo.

Fueron a la taberna, y el chiquillo
hizo luego la seña convenida,
y el ciego dijo en voz descomedida
¿Por qué no llena Vd. ese cuartillo?

Viendo la tabernera que no era
el dicho ningún falso testimonio,
contestó: crea el diablo en tu ceguera.

Bastante ciego soy, dijo el tío Antonio;
pero es Vd. capaz, tía tabernera,
de hacer abrir los ojos al demonio.

LETRILLAS

1

Niña que al sol oscurece,
y a cumplir llega los trece
sin poder novio encontrar,
no se sabe manejar;
pero la que compromete
a tres, cuatro, seis o siete,
y si algún joven galante,
que también la ama quizá,
delante de la mamá
la dices si tiene amante
hace como que se ofende,
Lo entiende.

El que ¡haya reformas! Grita
vocea, se desgañita,
y fiel trabaja sin pausa
por el triunfo de su causa
con buena fe y con nobleza,
vamos, perdió la cabeza:
mas quien hierva en ambición
y ostenta desinterés,
y también grita, y después
de político ladrón
la senda más corta emprende,
Lo entiende.

Dama que gusta ir sencilla,
sin arrebol la mejilla
como el buen gusto reclama,
(Suponiendo que haya dama
dispuesta a tal sacrificio)
no comprendo bien su oficio;
mas si pide el bermellón
cuando se va a levantar
y sólo para asomar
la nariz por el balcón
veinte alfileres se prende,
Lo entiende.

El que empleos dé sin fin,
será el mejor mandarín;
mas si tiene la indulgencia

de dar a la plebe audiencia
y hacer de méritos caso,
no ha nacido para el paso.
Ahora, si ama al bello seso
con frenesí, y el bendito
quita el empleo a un perito
para dárselo a un camuso
que una dama recomiende,
Lo entiende.

Dama cuyo pie es cuadrado
y ancho y amazotado,
o bien seco y larguirucho
(De todo suele haber mucho)
y viste corto el sayal
no está en su juicio cabal;
mas niña que viendo lodos,
si tiene buen pie y buen talle,
va por medio de la calle
y el alma suspende a todos
cuando su ropa suspende,
Lo entiende.

No cabe peor deseo
que ir con la novia a paseo
habiendo buñolerías,
café y confiterías.
¿A quién tal peso no agobia?
Mejor es no tener novia.
Mas el que a fuer de sencillo
hace mil esparavanes
y exclamando «voto a sanes,
me dejé en casa el bolsillo»
de un cuarto no se desprende,
Lo entiende.

El que ayuna es un simplón
que merece compasión;
mas quien por segunda vez
tome un bocado a las diez,
y si débil se conoce
el chocolate a las doce,
y por si en broma o no en broma
la necesidad le asedia,
almuerce a las dos y media,
a eso de las cuatro coma,

y antes de las seis meriende,
Lo entiende.

2

Gente hay poco recatada
que se lamenta no obstante
de mi pluma descarada
porque más que de salada
la tachan de muy picante
y hoy contra tales hipócritas
pienso hacer una letrilla
punto menos que guindilla.

No te piques Rosa hermosa
si tras lo picante di
que aunque mi razón te acosa
no tienes la culpa Rosa
sino Dios que te hizo así,
calla que el alma más cándida
si fija en ti el pensamiento
se irá a parar al pimiento.

De oír nombrar al venado
hay marido que se ahoga
y es su pavor bien fundado
porque en casa del ahorcado
no ha de mentarse la sogá.
Mas no me apure con réplicas
o le hago una satirilla
punto menos que guindilla.

Con enojo singular
Doña Pilar me maldice
si de cuernos me oye hablar
pues dice Doña Pilar
que eso se hace y no se dice
pero a este punto mi epigrama
debe cesar... y lo siento
que bien venía el pimiento.

Habrá doncella lombriz
que no se queje aunque ajeno
se la atribuya un desliz;
quejarase la infeliz
de que no se lo hagan bueno.

Basta, no me llame pícaro
pues ya va mi tonadilla
dejando atrás la guindilla.

Hay casada que se queja
porque tal vez se ha creído
que a una ovejita semeja
y sólo parece oveja
en que es carnero el marido.
Yo la quitaré la máscara,
pero... vayamos con tiento
que está muy cerca el pimienta

Viejos veo maldecir
mis picantes desaliños
cual si me oyeran mentir
o no pudieran decir
«Todos hemos sido niños»
¿Y ante esos tíos camándulas
he de hincar yo la rodilla?
¡Oh lástima de guindilla!

Sin embarazo encontrar
pudo Juana en breve plaza
de novios un centenar;
mas no se pudo casar
por... yo no sé qué embarazo.
¿Y esa es quien se cubre el tímpano
si alguna cosilla cuento?
¡Oh lástima de pimienta!

Gentes todas que a mi ver
de nada os podéis quejar,
tenéis tanto que temer
muy poco que responder,
y mucho porque callar.
¡Chitón! Y aguantad mis sátiras
que como esta haré cincuenta
con su sal y su pimienta.

ROMANCES

1

La cosa más historiada
Pepa, es tu rostro pulido,
y el más extraño mosaico
es tu cuerpo peregrino.

Así veo tantos zánganos
por tus pedazos perdidos,
que ebrios de gusto y amor
ensalzan tus atractivos.

Quien dice que oro es tu pelo,
¡Jesús que pelo tan rico!
Y quien que tus ojos soles,
¡Sopla, y esto ¿es un comino?

Ni me parecen de aguja,
ni tal hipérbole admito,
que eso es tratarte de puente
y fuera abrir paso a pícaros.

Tu nariz dicen que tiene
un contorno tan bonito
que parece hecha de cera,
¿Y se lo has agradecido?

Es la cera para entierros:
te han hecho un obsequio fino
con zamparte entre sepulcros
y curas y monaguillos.

El color de tus mejillas
hácenle ya tan subido,
que por pasar de encarnado
le acercan a vino tinto.

A par que tan blanco pintan
el resto de tus carrillos,
que ni le iguala el papel
ni la escarcha ni el granizo.

Mas tan cerca de la nieve
el sonrosado encendido

¿Qué parecerá? Un tomate
sobre un plato blanco y limpio.

Dicen que matan tus ojos:
¡Huye de mí! Torbellino;
mujer que mirando mata
no es mujer, es basilisco.

Hay quien ofrece la vida
por un pelo de tu rizo;
si le cedieras el moño
¿Qué no diera? ¡Jesucristo!

Algunos te tienen ganas
porque eres salada, digo,
por un plato de sardinas
¿Qué no harían los endinos?

Dicen que los tienes locos;
sólo en eso convenimos,
que no da pruebas de cuerdo
quien pretende ser marido.

Asaeteado te pintan
el corazón ¡que malditos!
Si consigo son crueles
mejor lo serán contigo.

Diles Pepa de mi parte,
que un corazón tan prendido
no es corazón de persona
sino monjil acerico.

Y se obstinan en rendirte
confesándose rendidos,
de alguna potencia amiga
esperan sin duda auxilio.

Aunque lo firmen con sangre
no llores, sabe el Altísimo
si será la de algún pavo
que a tu salud se han comido.

Diz quede amor están ciegos
¡Oh, que amor tan infinito!
Esos te querrán a tientas,

y no es bobo su cariño.

Llaman preciosa a tu boca,
tesoros tendrá escondidos,
no hay duda que de doncella
sabrás cumplir el oficio;

Tu obligación es pedir,
si han dado lo que has pedido:
pobres quedaron los pobres,
pobres los que fueron ricos.

Hacen de coral tus labios;
pues hija quedan lucidos,
es igual que si dijeran
son de carne tus colmillos.

Dicen que tu esbelto talle
parece que a torno se hizo:
¿Eres siquiera una efigie
de nogal, caoba o pino?

Tus dientes hacen de nácar;
quiero casarme contigo,
para que nunca le falten
botones a mi vestido.

No te fíes de alabanzas,
que a varios llamar he visto;
clavel a un áspero cardo,
rica esmeralda a un pepino.

Cuando alguno te adulare
mírale bien de hito en hito,
que sino cree lo que charla
su rostro sabrá decirlo.

Pues según muchos opinan,
y yo su opinión confirmo,
rara vez el corazón
tiene el veneno escondido.

Dicen que los corazones
roban tus ojos divinos:
mira no te roben ellos
los retratos amarillos.

Tu pecho, dicen, que ardiente
a otros pechos ha encendido:
o está el tuyo echando chispas,
o son los otros muy fríos.

Te brindan almas y vidas;
atiende a lo que te digo:
las vidas cede al verdugo,
las almas al juez divino.

En un caso acepta el cuerpo
que el alma lleve consigo,
que tú no eres campo santo
sino mansión de los vivos.

Si dice que por ti muere
alguno de tus queridos,
dile: «aléjate de mí,
que me pones en peligro;

Pues si te mueres un día
creerán que la causa he sido,
y caminando en galeras
no iré a parar a buen sitio».

No te creas en la vida
de amor tan superlativo,
que quien exagera, finge,
y el que finge es un ladino.

Fíate quien te diga
sin más rodeos: «bien mío
te quiero ¿me das el sí
o las calabazas, dilo?»

Ese será en todo franco,
y tal vez no te haga impío
probar la vara de fresno
como los que te hacen mimos.

Y a fe que ha de ser cruel,
insufrible, horrorosísimo,
que a nudos nupciales sigan
los de un garrote macizo.

Marchar de menos a más
es muy hermoso, muy lindo;
pero el ir de más a menos
intolerable martirio.

Yo no hablo por experiencia;
es presunción, te lo afirmo,
ni he subido ni he bajado
que siempre estuve en el limbo.

Por último aun cuando yo
tus virtudes no analizo,
ni tus perfecciones canto,
ni tus encantos publico:

Dígote que más que todos
te amo, y más que todos gimo
no por la nariz de cera,
y ojos, astros vespertinos,

O arquesonada tez,
O cejas como cepillos,
O mejilla amanzanada
O dientecitos de vidrio:

Te amo, te quiero, te adoro,
y te idolatro, y te estimo;
porque tienes como todas,
en ser mujer harto hechizo.

2

En el sitio más recóndito
de un ondo zaquizamí,
más bien que botillería
bebedero cocheril,

Y cada cual en la mano
la copa de chacolí,
así contaba su historia
pericón a Periquín:

-Si es cierto que amor y juego
no saben acordes ir,
debo yo ganar jugando
las minas del Potosí.

No comprendo como cabe
de algunos en el magín [46]
que es tan fácil conquistar
una plaza mujeril.

Vive Cristo que me aburren,
y me obligan a inferir,
es en cualquiera sencillo
lo que arco de iglesia en mí.

Dos mil veces puse sitio
fortalezas dos mil,
y de tantas, una sola
he conseguido rendir.

Amé a una niña romántica
que pretender no debí,
pues hasta el amor quería
de Londres o de París.

Más aceites y pomadas
gastaba que un botiquín,
el olor de yerbabuena,
y el color de perejil.

Bebía el vinagre a cántaros,
y en su estómago, infeliz
tenía siempre más yeso
que chaqueta de albañil.

La madre, maula de a folio,
era capaz de aturdir
con su política al mismo
príncipe de Meternich

Y aunque cuentan que la chica
tuvo... no sé que deslíz,
puso el recato en las nubes,
que siempre es el comodín.

Habló de relajación,
y del candor juvenil,
preguntándome a la postre
¿Y viene Vd. con buen fin?

Tanto la madre y la hija
me pudieron aburrir,
que las eché noramala
y otro camino emprendí.

Una hidalga, pero pobre,
fue el segundo querubín;
¡Altanera y presumida...!
¡Ay es un grano de anís!

Loca pasión la inspirara
cualquier ente mondonguil,
con tal que tuviera don,
Aunque no tuviera din.

Después de mil ñoñerías,
y mirar el porvenir,
y hablar de desconfianzas,
y el... viene Vd. con buen fin:

Me dio hidalgas calabazas
cierta mañana al oír,
que yo tenía un pariente
cómico de Chamberí.

Vieja y fea fue por cierto
la doncellona cerril
que conquistar luego quise
infatigable adalid.

Su cintura cual un bombo,
su color como el hollín,
tenía un ojo de menos,
y torcida la nariz.

Pero en cambio, un olivar
cerca del Guadalquivir,
ricas viñas en Castilla,
y diez casas en Madrid.

Y estas cualidades son
capaces de convertir,
en azucena al abrojo,
y al demonio en serafín.

Fingía yo idolatrarla,

que no fue poco fingir;
y aunque eran pardos sus labios
yo los llamaba carmín.

Decíala que con Venus
bien pudiera competir,
aunque, la verdad sea dicha,
parecía un puercoespín.

Pero eso y más creen las damas
con su presunción pueril,
y eso y más dicen los hombres
que buscan maravedís.

Por arte de los demonios
oyó un día referir
yo no sé que perrerías
de mi ambición baladí,

Y al entrar a visitarla,
«Váyase Vd. alma ruin»
dijo, enjugando sus lágrimas
con un áspero mandil.

Quise replicar; mas viendo
los criados acudir,
dije: pies, ¿para qué os quiero?
Y nunca a verla volví.

Seguí pretendiendo impávido
otras muchos con ardid,
que me trataron ingratas
cual si fuera un galopín.

Y aunque es cierto que no a todas
con mi cariño ofendí,
casi todas se mofaban
si las osaba seguir.

Muchas me llamaban oso,
algunas chisgaravis,
y otras «tenemos lacayo»
decían con retintín.

Y aun consiguiendo de algunas
el apetecido sí

era tan dura mi suerte
y mi destino tan vil,

Que nunca faltó inclemente
una madre jabalí
que viniera a preguntarme
¿Y viene Vd. con buen fin?

Íbame bien al principio;
mas casi siempre salí
por la puerta de los carros
como se suele decir.

Harto de sufrir derrotas
por convicción resolví
solicitar un fenómeno
tan horroroso y motril,

Que pareciera visión
escapada de un tapiz,
capaz de causar empacho
a cualquiera zarramplín.

Me enamoré por lo tanto
de una encorvada lombriz
que vi vendiendo buñuelos
en el cuartel de S. Gil.

Carrillos de monja boba
mirar zaino y al sosquín
¡Cuántos más barbilampiños
cargaron con el fusil!

Caderas de molinero,
las pezuñas de rocín;
muy cucas para bailar
un español popurrí.

Su genio de rompe y rasga
tan por demás varonil,
que no estando con varones
la acometía el esplín.

Amable corno una fiera
lo demás así... así,
y no obstante a dos por tres

me pudo diestra embaír;

Porque era capaz la endina
con estrategia feliz,
de dar un chasco al petardo
a la sombra de un candil.

No hubo aquello de yo peno
Ni... yo me abraso por ti,
Ni... las flechas de Cupido,
Ni... tus dientes de marfil.

Ni... yo lo consultaré,
Ni hubo... rubor femenil,
Ni... ¿será Vd. consecuente?
Ni... ¿viene Vd. con buen fin?

Llegué como quien el alma
tiene, escamado, en un tris;
y no sé que fue más breve
si empezar o concluir.

Tomamos las bendiciones
en la iglesia de S. Luis,
y desterré desde entonces
era, bastón y corbatín.

Al sombrero de copa alta
el gacho sustituí,
calzón corto y media azul
al pantalón de botín.

Dormimos en un profundo
y obscuro chiribitil,
donde solamente a gatas
se puede entrar o salir.

Y en cuanto la luz del alba
resbala en el cuchitril
corremos despabilados
a ganar para vivir:

Ella vendiendo buñuelos
en el cuartel de S. Gil,
y yo castañas pilongas
en frente de Antón Martín».

-Aquí acabó, y como yo
nada tengo que añadir,
es justo que mi romance
concluya también aquí.

LA SONRISA DE BELISA

Es hermosa la sonrisa
de toda niña graciosa;
pero no la hay tan hermosa
como la tuya, Belisa.

Y tanto el verla deseo,
que hasta del Sol la pureza
me infunde miedo y tristeza
si tu sonrisa no veo:

Pero en viendo tu sonrisa
no sé lo que pasa en mí:
sé que me domina... así...
Un yo no sé que, Belisa,

Que no me deja un resquicio
de amargura o pesadumbre:
se torna mi calma en lumbre,
se torna en locura el juicio.

Y mis potencias, de veras,
cuando tu sonrisa advierten,
me dejan y se convierten
en potencias extranjeras.

Y no dudes que sucumba
pues tu sonrisa divina,
vuelve mis huesos harina;
vuelve mis sesos tarumba.

Vuelve cisco mi pasión,
lamparilla mi albedrío,
pábilo mi desvarío,
y mi entusiasmo carbón.

Mi pecho tierna cuajada;

y pregunto yo Belisa,
si tal hace una sonrisa:
¿Qué haría una carcajada

El que tu sonrisa vea
frío será como un hielo;
más bien pronto, vive el Cielo,
arderá como una tea.

Aunque la sonrisa ocultas
nunca mi vida dilatas,
que si sonriendo matas
estando seria sepultas.

Y como no soy de barro,
en cuanto miro tu gesto,
si está iracundo, me tuesto:
si está jovial, me achicharro.

Si en ambos casos la muerte
me hace tu rigor sufrir,
verte quiero sonreír:
seria no quisiera verte.

Cuando tan raro portento
es tu sonrisa, que al punto
puedes dar vida a un difunto
y a las piedras movimiento:

Dime rayo luminar,
de las hermosas de Iberia;
¿Quién te manda a ti estar seria,
pudiendo risueña estar?

Otras taciturnas sean
si sonriendo no halagan,
que hay sonrisas que empalagan,
como hay rostros que apedrean.

¿Es por no cansar quizá
por qué tu sonrisa ocultas?
Si con alguien lo consultas,
«Ríe... ríe»... te dirá.

Y si aun esto no te engríe
pide al espejo un consejo;

pues yo bien sé que el espejo
también dirá... «Ríe... ríe».

Llévame el alma en despojos
viendo de la miel agravio,
tanta jalea en tu labio,
tanta dulzura en tus ojos.

Tanto... vamos... que sé yo
lo que veo en tu sonrisa;
pues te aseguro Belisa
que lo creas o que no,

Con esa sonrisa, fragua
que enciende guerras civiles,
los ojos me haces candiles,
me vuelves la boca un agua.

Y como no soy de barro,
en cuanto miró tu gesto,
si está iracundo me tuesto,
si está jovial, me achicharro.

Y has de llevarme a la tumba;
pues tu sonrisa divina,
vuelve mis huesos harina,
vuelve mis sesos tarumba.

Porque es como tú, sencilla,
bella cual la luz del Cielo,
dulce como un caramelo,
suave como una pastilla.

Y tal pones mi razón
Belisa con tu sonrisa,
que dudo si soy, Belisa,
de cerilla o de cartón.

LOS MANDAMIENTOS

Según el padre Ripalda
los mandamientos son diez
y yo que todo lo invado
sin miramientos tener,

Me propongo analizarlos;
será osadía tal vez,
mas diré de todos ellos
lo que más rabia me dé.

-El primero, amar a Dios.
Yo le amo que es un deber,
y amo a los ojos gachones
que es un precepto también.

¿No amar a Dios? Otros lo hagan
que no quiere ser yo a fe
amigo del enemigo
que acompaña a San Miguel.

Y pensar que indiferente
puedo yo unos ojos ver
es pretender que las moscas
tengan aseo de la miel.

-El segundo no jurar
su nombre en vano: muy bien;
pero no reza conmigo;
a las doncellas con él:

Que es el jurar de esta gente
en mi humilde parecer
igual a todo sonido;
se escucha, mas no se ve.

Niña hay que jura formal
sólo a un amante querer
y hay con su tanda de amantes
para conquistar a Argel.

-El mandamiento tercero
y al que tampoco falté,
es santificar las fiestas.
¿Y quién no ha de obedecer?

Yo que de ver trabajar
sudo a mares ¡San Andrés!
Ni aun en día de trabajo
si puedo, trabajaré.

Trabajo, dolor y pena

¡Cuál será mi dejadez!
Me cuesta partir el pan
y la cuchara coger.

-El cuarto honrar padre y madre:
los míos en gloria estén:
yo no puedo hacerles honras
porque no tengo con qué.

Pues no me dejaron bienes
y en este mundo cruel
no dejar mucho dinero
es no dejar honradez.

-Es el quinto no matar;
tampoco le he sido infiel
que de dama o basilisco
nunca mi mirada fue.

Ni fui cazador jamás
ni soy verdugo par diez,
ni cogí nunca el estoque,
ni anatomía estudié.

-Ayer perdí el catecismo
y tal mi memoria es
que no me acuerdo de nada
de lo que nos manda el seis.

Pero les ofrezco a ustedes
que en otra ocasión diré,
si puedo o no en esta parte
dejar de infringir la ley.

-El sétimo no hurtar,
buen provecho le haga a usted,
que yo me corto las uñas
cada dos días o tres.

Y nunca he sido escribano,
ni ser ambiciono juez,
ni aun pariente de alguacil
contratista o mercader.

No me atreveré a decir
de esta agua no beberé;

mas no ha de ser en pequeño
si me tienta Lucifer.

Que al que en miserias se pringa
suelen buscarle la nuez,
y dé gracias si va a Ceuta
con un grillete en el pie,

Y al que millones apaña
con pasmosa intrepidez
todos le tienen respeto
y aun le dan el parabién.

-No calumniar ni mentir
dice el octavo después.
Tampoco va eso conmigo
aunque no lo quieran creer.

Mienta el rostro de las damas
que muestran colores cien
y suelen ser los colores
pomada, aceite y baldes.

Mientan algunos hidalgos
que ostentan lujoso tren
y es prestado cuanto llevan
de la cabeza a los pies.

Que unas mujeres a otras
se calumnien, bueno ¿y qué?
Si unas a otras se alabaran
andara el mundo al revés.

Un rival a su rival
si gusta calúmniele
a otros calumnie quien piense
a costa de otros comer.

Ni calumniar, ni mentir
jamás mi prurito fue,
que eso es de grandes señores
y yo soy muy de la hez.

-Dice el noveno: del prójimo
no desees la mujer,
y eso tiene buen remedio

si yo no soy un belén.

No desearla prometo;
mas para ello es menester
que antes de yo desearla
el prójimo me la dé.

Vamos en fin con el décimo
que ya es mucha pesadez;
codiciar bienes ajenos
impide el Matusalén.

Si esto es pecado, confieso
que más de una vez pequé,
aunque pecar codiciando
es un pecar muy soez.

Ya que la ambición nos ciegue,
y la miseria cruel,
cojamos lo no perdido
como hacen hoy más de cien.

Si es mal fin de confesión
no sé decir, sólo sé
que a mis últimas palabras
viene de molde el Amén.

A UNA DESDEÑOSA

Amiga, hay goces tan caros
que el perderlos da tres higos,
y lo digo sin reparos,
porque cuanto más amigos
debemos de ser más claros.

Me niegas de amor la palma,
y pues yo fuera muy tonto
en recibirlo con calma,
diré que siento en el alma
que no haya sido más pronto.

En merecer tu favor
no tengo el mayor empeño

pues no me place el amor
que sabe robar el sueño,
y el dinero que es peor.

Da la pasión que en mí borras
a otros de seso más faltos,
a ver si una vez me ahorras
de celos y sobresaltos
y rivales y camorras.

A condenar mi porfía
cuando supiste mi amor,
me evitaras cada día
un lance de tontería
que el vulgo llama de honor.

No te sorprendan mis giros
donde nada nuevo adviertes;
pues los amantes suspiros
son como las plazas fuertes,
que hay que ganarlos a tiros.

En mí ya no ha de cebarse
la moda por más que cunda,
que a fe no puede negarse
que es desatino matarse
por cosa que tanto abunda.

Dirás, me parece a mí,
que cuando te hablé de bodas
me gustabas, eso sí,
y en jurarlo no mentí,
porque a mí me gustan todas.

Y si digo lo que siento
quise llamarte mi bien
con miras de casamiento;
mil gracias a tu desdén
que si no no me arrepiento.

A estar conmigo casada
tratárasme como a un chico,
pidiéndome descarada
ora el chal, ya el abanico
y el aceite y la pomada.

De un hombre de alto coturno
hicieras un cacasenus
(Llegole al ripio su turno)
anda y si quieres ser Venus
pide pomada a Saturno.

Un ladrón no me intimida;
que al pobre que desembolsa
concede libre partida:
quita la vida o la bolsa
y tu la bolsa y la vida.

Y aun te juro por mi nombre
que más que a Dios te he temblado,
aunque su poder asombre,
que el ser supremo me hizo hombre
y tu me harías venado.

No es esto lo más atroz
deja, amiga, que levante
contra la suegra mi voz
aunque se ha dicho bastante
de este avechucho feroz.

Y no es clamor de un bolonio,
que, voto a la pena negra,
fuera cosa del demonio
tratando de matrimonio
no maldecir de la suegra.

En fin pues todo asegura
que en perderte nada pierdo
perdona infiel criatura
que te diga con frescura:
si te vi ya no me acuerdo.

Y aunque a ti blanca azucena,
ninguna belleza iguala
tu esquivez no me da pena
que echarme o tu enhoramala
es darme la enhorabuena.

Déjame, ingrata, vivir
libre de penas tan grandes,
y mándame hasta morir,
siempre que en lo que me mandes

yo no te pueda servir.

Aquí el año día y mes
no esperes más estribillos,
que aunque galán y cortés
suelo besar los carrillos,
no beso a nadie los pies.

EPIGRAMAS

1

Siempre levita ha gastado
con solapas D. Julián,
y hoy con solapa ha estrenado
un chaleco y un gabán.
¡Oh qué hombre tan solapado!

¿Y mi ración de tocino?
Clamó un granadero atroz,
y su sargento ladino
dijo: ahí está gran endino,
tras ese grano de arroz.

2

Peineros he conocido
de tan raro proceder
que venden a una mujer
lo que han comprado al marido.

Tanto quisieron tirar
del coche del rey Fernando
los realistas de un lugar,
que segura de volar
iba la reina temblando.

«¡Alto!» Fernando exclamó;
mas como iban desbocados
y nadie le obedeció
gritoles con rabia «¡Soooo!»
y se quedaron clavados.

3

Se acabó de confesar
la sobrina del vicario,
y empezó contrita a orar
al pie del confesionario.

Y aun el padre repetía
«la castidad te interesa»
a tiempo que ella decía:
«me pesa, Señor, me pesa».

Mi vecina no adivina
como el carbonero medra,
cuando sabe mi vecina
que en vez de carbón de encina
nos vende carbón de piedra. [20]

4

Viendo un niño pregunté

¿Es de Vd. señora Luisa?
Y ella respondió con prisa
muy política «y de usted».

Un escritor de esta edad,
que es un pedazo de atún,
decía con gravedad:
Yo escribo para el común...
y era la pura verdad.

Allá camina D. Juan
en rebañar hombre ducho
¿Por qué no le colgarán?
Porque ha rebañado mucho.

5

De aduana principal
quiso ser Vista D. Diego,
y al hacer el memorial
puso: «fulano de tal»
y entre paréntesis «ciego».

Al dar un ministro audiencia
dice a todo pretendiente:

«Ya le tengo a Vd. presente»,
y no miente su excelencia.

Una viuda y un cesante
fueron por la bula juntos:
no hizo más el despachante
que mirarlos el semblante,
y se la dio de difuntos.